

## EL ALMA DE ARTURO PRAT

Corría la década de los sesenta. El Ministerio de Relaciones y la Corfo, con el apoyo del excelente Embajador de Chile, preparaba una visita oficial a Japón para estrechar vínculos políticos y especialmente apoyar las exportaciones de mineral de fierro a ese país, prácticamente su único comprador externo.

El Ministerio encargó a Flavian Levine, Gerente General de CAP, organizar no sólo los contactos financieros y económicos, sino la adquisición de los regalos que los países orientales estilaban de alta calidad. Flavian Levine era la persona más adecuada por su amor al arte y finísimo buen gusto. Particular cuidado se encareció para el regalo al Emperador que debía ser de la más alta calidad. Los regalos no serían entregados en Japón.

Terminada en Tokio la gira por diversas ciudades, atendidos por solícitas geishas, nos preparamos para la entrevista con el Emperador Hirohito del día siguiente a las 12 meridiano.

A las 9:30 de chaquet, acompañado del Embajador de Chile, abordamos una larga limusine y presidido por un grupo de motocicletas que dispersaban el tránsito con sus atronadoras sirenas llegamos raudamente hacia la puerta del gigantesco palacio. Atravesamos la inmensa sala de ingreso que tiene al fondo pintada una ola al punto de reventar de muchos metros y nos sentaron en una sala donde jefes del protocolo nos dieron las instrucciones.

La conversación giraría sobre tres temas: el primer acorazado Almirante Latorre que Chile cedió al Japón mientras estaba en construcción en Gran Bretaña, la producción de salitre y el respeto por Arturo Prat.

Servidas dos tasas de té japonés, de rápida acción diurética, fuimos conducidos por largos y vacíos pasillos a otra sala donde un venerable jefe de protocolo nos ofreció otro té, con el consiguiente ensayo de la conversación y precisos detalles. Debíamos entrar a la sala del trono, hacer una lenta reverencia, caminar cerca del muro hasta enfrentar a S.M., hacer otra reverencia y acercarnos; inclinarnos de nuevo y esperar la mano del agosto.

La sala era inmensa y sin decoración. Había un gran sillón, un sofá y dos sillas. La instrucción era obvia. El Emperador saludaría y se sentaría en el sillón y el Ministro como el Embajador tomaríamos el sofá.

Todo sucedió perfectamente, pero las presentaciones y saludos nos trabaron. El Ministro expresó en inglés el saludo del Presidente y del pueblo de Chile, ciertamente con bastantes nervios. El traductor lo redujo a tres palabras secas que, por cierto no entendí y entonces los visitantes se vieron cogidos por una efusiva intervención del Emperador en su idioma, entrecortada no sólo por el lenguaje, sino por lo que parecía una cierta tartamudez. El largo saludo terminó y el traductor lo resumió en cuatro palabras: su Majestad les agradece.

En la confusión todos nos giramos y el Ministro quedó sentado en el sillón. Pasado este bochorno y bajo la mirada severa del Jefe de Protocolo, el diálogo se inició de acuerdo a lo anunciado. Pasamos convenientemente por el Latorre que fue decisivo en la guerra ruso-japonesa, al salitre. Se mencionó el cobre de origen chileno que techa el inmenso y bello palacio imperial y nos aproximamos a Arturo Prat. A esa altura el Ministro comenzaba a preocuparse por la suerte de su regalo, cuyo contenido y hora de presentación no conocía. Se había asegurado que estaba en Palacio.

Al mencionar el nombre del héroe de Iquique, se abrió la puerta del fondo y en manos de dos funcionarios llegó hacia una mesa distante una caja cúbica elegantemente empaquetada.

El protocolo indicó que nos levantáramos y ceremoniosamente nos acercamos al regalo. Se rompió con cuidado la cinta, se desprendió con una pequeña rotura el papel de colores y se destapó la tapa de la caja que tenía aproximadamente ochenta centímetros de alto y cuarenta centímetros de ancho. Envuelto en papel de seda apareció un figura de acero que cuidadosamente extraje con admiración por su finura y transparencia. Era la espiral de una hoja de acero brillante y afilada asentada en una base del metal. Era evidentemente una escultura de Sergio Castillo.

Con una mirada de extrañeza, el Emperador, esta vez traducido in extenso por el intérprete me preguntó: ¿Dónde está Arturo Prat?. De inmediato el Ministro se dio cuenta que el Emperador había sido informado de que el regalo era un busto del héroe y tal vez en la conversación se había así subentendido. Simultáneamente, el Emperador, el Ministro y el Embajador se asomaron a la caja buscando nerviosamente la legendaria efigie del héroe, de levita y con sable en la mano. Terminado de crujir el papel en el infructuoso registro, el Ministro, en un acto de coraje inspirado en la epopeya de Iquique dijo: Majestad, esta estatua es del mejor escultor chileno joven (eran los años 60) y representa el espíritu del héroe Arturo Prat subiendo al cielo después de su acto sublime. Y con la mano, lentamente recorrió el afilado borde del espiral desde la base hasta su fin haciendo que todos siguieran, no sin emoción, en silencio el gesto. Seguramente, ni el mismo autor había imaginado una representación tan heroica a su admirable escultura.

La satisfacción fue general. El Emperador despidió afectuosamente a sus visitantes y estos entre reverencias y a tranco rápido salieron para tomar una postrera taza de té.

La estatua seguramente, estará en un lugar digno.

Gabriel Valdés.  
1997. Santiago, Chile.